

El comandante general del segundo cuerpo al ministro de la Guerra, 21 de julio: «Nos envían mapas geográficos que por lo pronto son inútiles, y no tenemos ni un solo mapa de la frontera francesa.»

El general Michel al ministro de la Guerra, 21 de julio: «He llegado á Belfort; no he encontrado mi brigada ni mi división. ¿Qué hacer? Ignoro dónde están mis regimientos.»

El intendente del tercer cuerpo al ministro de la Guerra, 24 de julio: «El tercer cuerpo sale mañana de Metz; no tengo enfermeros, ni operarios, ni hornos de campaña, ni tren para la cuarta división, ni un solo empleado militar en la división de caballería.»

El sub-intendente al ministro de la Guerra, 25 de julio: «En Mezieres y Sedan no hay galleta ni carne salada.»

El intendente superior al ministro de la Guerra, 26 de julio: «Las tropas estacionadas en las afueras de Metz tienen que comer para mantenerse la galleta destinada á servir de reserva. Con los 120,000 hombres del ejército solo han llegado 38 panaderos nuevos.»

El intendente del primer cuerpo al ministro de la Guerra, 27 de julio: «El intendente del primer cuerpo carece de sub-intendentes, de soldados del tren, de obreros, y por falta de personal no puede utilizar los carros ni puede arreglar nada.»

El jefe del cuarto cuerpo al jefe del ejército, 27 de julio: «El cuarto cuerpo no tiene todavía cantineros ni panaderos, ni carros para enfermos. Todo falta.»

El jefe del ejército, Leboeuf, telegrafió en 27 de julio al ministro de la Guerra: «Continuamente llegan secciones sin cartuchos, ni material de campamento.» El mismo día preguntó al jefe del primer cuerpo: «¿Dónde queda usted con sus divisiones? El emperador le recomienda que apresure su formación para poder unirse á Mac-Mahon en el departamento del bajo Rhin (1).»

Así hablaba Leboeuf antes de haberse disparado el primer tiro, cuando pocos días antes no había cesado de decir que todo estaba pronto y mas que pronto; que la Francia podía hacer la guerra todo un año sin sufrir la menor escasez; que nada faltaba, ni siquiera un boton.

El estado de su ejército presentaba un aspecto de confusión indescriptible y de carencia espantosa, cuando el emperador partió el 28 de julio de Saint-Cloud y pasó con el príncipe imperial por el ferro-carril de circunvalación para ir á Metz. No se sabe hasta qué punto estaba entonces enterado de la confusión que desesperaba á su ministro; pero de todos modos no le debió de sorprender demasiado, porque antes de empezar la guerra de Crimea había sucedido exactamente lo mismo, y, sin embargo, marchó luego todo bien. El mariscal Saint-Arnaud le había escrito en 26 de mayo de 1854 desde Gallipoli: «No se puede hacer la guerra sin pan, sin calzado, sin ollas de rancho y sin botellas de campaña.» El día 30 del mismo mes añadió: «No puedo arriesgar un ejército que no está montado ni organizado y no tiene ni artillería, ni caballería, ni carruajes, ni víveres.» A pesar de esto, ganó el 14 de setiembre la batalla del Alma. El emperador mismo había escrito al ministro de la Guerra el 29 de mayo de 1859: «Lo que me tiene inconsolable respecto de la organización del ejército es que enfrente de otros ejércitos parecemos siempre niños que nunca han hecho la guerra. Nuestro sistema es tal, que en Francia nunca estamos á punto para la lucha (2);» y no obstante, ganó pocos días después la batalla de Magenta y á las tres semanas la del Solferino.

(1) Carlos Fay, diario de un oficial del ejército del Rhin; Boulanger: *L'invasion allemande*, págs. 47 y 48.

(2) Véase la obra ya citada de Boulanger, pág. 144.

Con estos recuerdos debió de consolarse, creyendo que lo que había sucedido ya dos veces, debería también dar buen resultado la tercera vez. Por esto publicó el 28, apenas hubo llegado á Metz, un manifiesto al ejército en el cual anunció públicamente la inmediata invasión del territorio enemigo, diciendo entre otras cosas: «Soldados: Vais á combatir contra uno de los mejores ejércitos de Europa, pero otros que no valían menos no han podido resistir á vuestro valor. Así también sucederá ahora. La guerra que empieza será larga y penosa, porque tendrá por teatro países erizados de obstáculos y de fortalezas; pero nada resiste al esfuerzo perseverante de los soldados de Africa, de Crimea, de China, de Italia y de Méjico. Cualquiera que sea el camino que tomemos fuera de nuestras fronteras, encontraremos en él las huellas gloriosas de nuestros mayores. Nos mostraremos dignos de ellos.»

En esta confianza, dió Napoleon al ejército que se estaba reuniendo alrededor de Metz el nombre sonoro de «ejército del Rhin,» del cual tomó personalmente el mando en jefe. Mas no por esto se verificó el avance tímido hácia el Rhin y mas allá. Solo se efectuó un avance hácia el Saar, al parecer para tapar la boca á la prensa, que gritaba ¡adelante! ¡adelante! No se hizo mas porque la máquina de guerra no quiso trabajar en manos del emperador; faltando al ejército todo lo que necesitaba para avanzar rápidamente, se vió condenado á la inmovilidad y tuvo que aguardar cabizbajo el ataque contundente del enemigo.

No eran nuevos, ni tuvieron su origen en ninguna culpa del emperador ó de sus generales, los defectos é inconvenientes de toda clase, graves y hasta horrorosos, que se manifestaron cuando se trató de pasar del pié de paz al pié de guerra. Existía como ya sabemos una organización según la cual los reservistas llamados al servicio no recibían su uniforme, municiones de boca y de guerra y sus mochilas en el punto donde se hallaban sus respectivos regimientos, sino que debían proveerse de todo esto en un depósito determinado y fijo que á veces estaba situado al otro extremo de la Francia; por manera que al movilizarse el ejército había de producirse un verdadero hormigueo de soldados que atravesaban la Francia en todas las direcciones, dando lugar en todas las estaciones á una confusión espantosa (3). Esta confusión aun era mayor cuando los regimientos debían ser conducidos precipitadamente, tales como eran en pié de paz, á la frontera, donde no encontraban nada preparado y donde eran buscados en confusión desesperada por sus oficiales, médicos, enfermeros, intendentes, carreteros, obreros, etc., á los cuales se habían designado los respectivos cuerpos en los que habían de prestar sus servicios, sin indicarles dónde los podían encontrar.

El pase de un ejército del pié de paz al pié de guerra se efectúa en dos tiempos: el primero comprende la movilización y el segundo la reunión. La movilización ha de ser efectuada de la manera mas completa, sin olvidar nada. Pues bien, en Francia se envió á la frontera todo el ejército montado en pié de paz, donde se vió al intentar la reunión que faltaba todo para emprender la ofensiva verdadera. Aun hoy se admira en Francia lo que hizo el ferro-carril del Este, que en 22 días organizó 1,223 trenes especiales para el transporte de tropas, es decir, 55 trenes militares diarios. Esta organización y actividad hubiera sido una gran ventaja para la Francia si los regimientos que transportó el ferro-carril hubiesen tenido todas sus reservas y todos sus pertrechos de

(3) Solo 35 de 100 regimientos de infantería tenían en un mismo lugar su guarnición y depósito; el regimiento de infantería número 87 estaba, por ejemplo, en Lyon y tenía su depósito en Saint-Malo, y el regimiento número 98 estaba de guarnición en Dunquerque y tenía su depósito en Lyon. Véase: *La guerra franco-alemana*, tomo I, pág. 19.

guerra; pero como no fué así, solo sirvieron esta actividad y rapidez para llevar al colmo la desgracia, porque el ferro-carril alejó los regimientos de los lugares donde podían proveerse de lo que necesitaban y reunir sus reservas. Sin los ferro-carriles y su actividad asombrosa se hubiera visto el ejército forzado á movilizarse antes de reunirse; mas tal como se hizo todo, el ejército debía dar el segundo paso antes de dar el primero, imposibilitando su avance.

El director del ferro-carril del Este dijo al oficial que dirigía el transporte de las tropas: «Usted no hace mas que embarcar tropa sin parar, lo que dará lugar á una obstrucción que en un momento dado imposibilitará la partida de un tren;» á lo cual contestó el oficial: «Embarco porque así me lo mandan. Lo que suceda á la llegada no es de mi incumbencia.»

Así se sucedieron los trenes sin interrupción, dificultándose en el camino la marcha y casi chocando uno con otro al llegar al punto de destino. De aquí resultó que las tropas pasaron frecuentemente muchas horas sin ocupación determinada, fumando, gritando, cantando y aguardando impacientemente el momento de desembarcar; y cuando por fin llegaron y desembarcaron donde pudieron, no encontraron nada preparado. Mientras las tropas salían de la estación se acumulaba en todas las estaciones el material, sin que los destinatarios, á los cuales no se dijo dónde estaban sus géneros, pudiesen encargarse de él. En 21 de agosto se encontraron, por ejemplo, en la estación de Metz cajas que contenían cuatro millones de cartuchos, cuando la infantería había carecido de ellos en los días de batalla (1).

La provision de pertrechos de guerra era de la incumbencia de la administración militar. Esta en toda guerra había estado siempre atrasada, porque en tiempo de paz era completamente independiente del mando del ejército, ni estaba vigilada ni influida por la dirección de las operaciones militares, de suerte que nunca pudo haber acuerdo entre cargo y data; y en esta guerra fué aun mayor que nunca el contraste, porque la administración se vió súbitamente y sin la menor preparación ante una misión de magnitud nunca vista. Los servicios que la administración del ejército dejó de prestar en el año 1870 constituyeron el objeto principal de las investigaciones que emprendió después de la guerra la asamblea nacional de Versalles, para averiguar las causas de la derrota de Francia. En junio de 1873 el duque de Audiffret-Pasquier en un informe (2) dió cuenta de las investigaciones hechas por la comisión para la reconstrucción del ejército y de los contratos de compra. Del discurso de este duque sacamos lo que sigue para ilustrarnos sobre este ramo de administración: «El cuerpo de administración militar, dijo el duque, se completaba con oficiales los mas distinguidos del ejército, capaces, celosos, prácticos, de largos años de experiencia en el servicio citado, hombres de honradez indisputable, que gozaban personalmente de una consideración merecida.» Pero á pesar de todo eran objeto en cada guerra de acusaciones apasionadas, y esto dependía de causas especiales sobre las cuales se tomaron primero declaraciones al intendente general, Blondeau. Nosotros conocemos ya este personaje por lo que le sucedió con el mariscal Leboeuf cuando éste dijo en 12 de julio que la guerra no estallaría y que el intendente general le devolviera el millon supletorio que había recibido para vestuario del ejército. Blondeau se excusó en su declaración con que la administración no había recibido absolutamente ningún aviso de que la guerra fuese

(1) Véase la obra de Boulanger, pág. 144.

(2) Núm. 1831. *Assemblée nationale (année 1873). Annexe au procès-verbal de la séance du 25 juin 1873*. Paris, 1873, págs. 8 y siguientes.

inminente, con lo cual quedó también excusado el ministro de la Guerra por haber pedido la devolución del millon, pues que tampoco estaba convencido de que la guerra estuviese próxima.

Luego explicó el intendente general la falta de todo el tren al principio de la guerra, diciendo que no hubo medio de encontrar los 10,000 caballos de tiro que se pidieron para el tren; pero que hubieran podido encontrarse si la caballería hubiese conservado la organización que tenía cuando se declaró la guerra, porque el tren se proveía de los caballos desechados por inútiles para el servicio de los regimientos. «La organización, sin embargo, había sido completamente transformada y continuó desde entonces continuamente sus transformaciones. Cuando llegaron los caballos destinados al tren no correspondió su número al de la gente, y esta gente y estos caballos al llegar á los depósitos de Vernon y Chateauroux no encontraron allí los cuadros á los cuales pertenecían, por manera que no pudieron prestar inmediatamente servicio, siendo esto una consecuencia inevitable del cambio efectuado en la organización, cambio que no cesó, como que entre el 15 de julio y el 15 de agosto fué reorganizada la caballería cinco ó seis veces. En el cuadro del ejército del Rhin se encontraron ya un cuerpo de caballería que ni siquiera ha existido, ya divisiones, ya regimientos de caballería unidos á divisiones de infantería. Nombré un intendente militar para un cuerpo de caballería (llamado baron de Schmitz) y este intendente no pudo encontrar su cuerpo porque nunca existió. Las modificaciones en la organización no tuvieron nunca fin. La fatalidad hizo, en el año 1870, que se cambiaran cada día los planes y hasta varias veces en un mismo día.»

El mismo intendente general explicó la falta de enfermeros y obreros por una causa singular. La gran mayoría de la gente de este ramo de servicio estaba ocupada en Argelia, adonde debían pasar los individuos licenciados temporalmente, á fin de presentarse en sus depósitos. El intendente general solicitó de la administración de quintas que no enviara á esta gente á Argelia sino á los depósitos que el intendente estableció inmediatos al campo de Chalons, adonde había enviado, en nombre del ministro, al intendente general, Mongin. Si así se hubiera hecho, los licenciados temporalmente se habrían ahorrado el viaje á Argelia, y de esta manera habría resultado disponible inmediatamente para el ejército mas de la mitad de este importantísimo personal. La administración de quintas contestó que el trabajo de llamamiento al servicio era una cosa demasiado complicada para que se complicara todavía mas con una disposición excepcional; de suerte que continuó uniformemente como estaba dispuesto el envío de la gente á sus depósitos.

Blondeau supo, no obstante, arreglarse dando en nombre del ministro al general en jefe de la novena división militar la orden de retener en Marsella á todos los empleados de la administración militar, á toda la gente del servicio sanitario y administrativo, á todos los obreros de la administración y á todos los enfermeros que debían pasar á Argelia sin orden expresa de servicio personal. Por desgracia se aplicó esta orden solo á los oficiales, y el general, disgustado de la multitud de individuos que se reunieron en Marsella, los envió á Tolon sin añadir la orden de retenerlos allí, lo que dió por resultado que el 20 ó 25 de julio fueron embarcados en Tolon para la Argelia todos los enfermeros y todos los obreros de administración, mientras el ejército del Rhin los necesitaba con tanta urgencia.

El intendente general Wolf dijo en su declaración: «Yo quedé completamente sorprendido cuando el 15 ó 16 de julio, estando tomando baños de mar, recibí orden de pasar á Paris. Llegué á la capital el 17, me presenté al ministro, y

éste me dijo que me había hecho nombrar intendente superior del ejército del Rhin, y que pasara á Metz sin demora para ponerme á las órdenes del mariscal Bazaine, que tendría el mando hasta la llegada del emperador. Al día siguiente partí é inmediatamente despues de mi llegada á Metz, habiendo tenido apenas tiempo para enterarme de la composición del personal, fuí á recibir órdenes del mariscal Bazaine, que me dijo que hiciese lo que pudiese; pero yo no me hallaba en aquel momento todavía en estado de tomar conocimiento del terreno, de los recursos y del personal del servicio que debía dirigir.»

El presidente de la comision investigadora dijo á esto: «Esta manera de proceder no es lógica,» y Wolf continuó: «No señor, y hasta es peligrosa. Haciendo las cosas con precipitacion, se hacen desordenadamente. La precipitacion y el desórden van siempre juntos. El ejemplo de la guerra de Italia ha sido funesto. Para la campaña de Italia no se había previsto nada; la reunion de las tropas se efectuó con lamentable confusion, y, sin embargo, fué completo el éxito de nuestras armas; pero este éxito, que fué posible á consecuencia de circunstancias excepcionales y del retardo de los austriacos, no puede disculpar nuestro atolondramiento de 1870. Lo que particularmente me impidió tomar disposiciones fué la carencia de órdenes y de un plan fijo. Ni en Metz ni en París supe nunca qué propósitos se tenían. No conocia los hechos y me hallé completamente abandonado á mí mismo. Reinaba una eterna incertidumbre que nos paralizaba. En los primeros días se decía que íbamos á pasar la frontera é invadir la provincia rhiniana, despues que debíamos marchar sobre Nancy y despues sobre Chalons; pero todos estos planes fueron abandonados en menos tiempo del que se había tardado en acordarlos. Girábamos alrededor de nosotros mismos y pasábamos el tiempo haciendo suposiciones vanas.»

El intendente general Friant refirió lo que le pasó en el tercer cuerpo, cuyo jefe era el mariscal Bazaine. Friant estaba ocupado en Marsella inspeccionando tropas cuando en 17 de julio recibió su nombramiento para el tercer cuerpo. Dicho esto añadió: «He de confesar que estaba con cuidado respecto de la situacion que me aguardaba, porque sabia por la misma inspeccion en la cual estaba ocupado al recibir el nombramiento, que solo teníamos de 50 á 65 individuos en cada compañía, lo que hacia para cada regimiento un efectivo de 1,200 á 1,300 hombres. Como inspector me había cuidado preferentemente de los viveres, y sospechando que tendríamos muy pocos, me informé inmediata y telegráficamente de mi colega en Metz si se repartían allí azúcar, café, arroz, vino ó aguardiente, si se entregaban al ejército las raciones de campaña y si había para éstas un almacén. Mi colega me contestó que no se repartía nada ni había tampoco almacén. Al saber esto me dirigí inmediatamente al comercio de Marsella y compré 5 millones de raciones de café, 1,500 quintales de arroz, 200 quintales de azúcar, y escribí á un pariente de Nancy si podía aprontar los carruajes para el tren del ejército y facilitarme 700 carros para el tercer cuerpo. Con una parte de los viveres comprados por mí llegué á Metz, donde á mi llegada encontré algunos empleados de la administracion militar, pero el personal de contabilidad no estaba ni remotamente completo y el personal ejecutivo faltaba por entero, es decir, los enfermeros, los obreros con el tren y los medios de transporte. En Metz supe que el mariscal Bazaine mandaba el tercer cuerpo y que yo era su intendente. Como ya he dicho, no tenia medios de transporte y envié á mi subintendente Lahaussais á Verdun para hacer requisas. Este volvió con 700 carros; mas yo no tenia personal para conducirlos y solo pude acudir á los labradores, que, por supuesto, no estaban organizados para esto. Tuve, pues, que arreglarme

con los medios que pude proporcionarme por conducto del paisanaje, hasta que estuviera concluida la organizacion de los recursos militares. El tercer cuerpo era muy numeroso: constaba de 53,000 hombres, repartidos en cuatro divisiones de infantería, dos divisiones de caballería, una brigada ligera y una reserva muy fuerte de artillería.

»Se puso en marcha el 23 de julio por divisiones. En mi opinion, pues, la administracion, que nunca recibió órdenes, hizo cuanto podia hacer, pues yo por mi parte no las recibí de nadie. Estoy muy léjos de tomar su defensa, y solo hago constar los hechos, de los cuales al fin y al cabo no es responsable. Por lo que respecta al material de guerra y á la manutencion de campaña no se puede hacer responsable de su insuficiencia á los intendentes, que el 16 ó el 17 de julio, día mas ó menos, habían recibido la órden de acudir de todas las partes de Francia á Metz, donde nada encontraron, ni créditos abiertos, ni gente, ni autoridad para hacer ejecutar sus disposiciones; pues si el ministro de la Guerra no dice á un intendente: ¡Haced! no puede hacer nada el intendente.»

El intendente de division de Metz, Denecey de Cevilly, había sido enviado inmediatamente antes de estallar la guerra á un viaje de inspeccion, cuando recibió el 16 de julio la órden telegráfica de volver á Metz, adonde debían llegar diez y seis divisiones de infantería y caballería. Al recibir esta órden se quedó estupefacto, y naturalmente no se halló en estado de preparar lo necesario para tanta gente. La guarnicion de Metz constaba de 12,000 hombres, y cuando llegó el ejército de campaña á la ciudad tenia el intendente 9,000 quintales de trigo, 6,000 quintales de harina y 449 quintales de tocino; pero no tenia sal, ni arroz, ni café, ni vino. Constando este ejército de 150,000 á 160,000 hombres, telegrafió el intendente al ministro que le enviara lo que le hacia falta ó que le autorizara para comprarlo. A esto añadió el intendente en su declaracion ante la comision: «Debo decir que aunque me hubiese dado esta autorizacion no me hubiera servido de nada. No comprendo por qué inmediatamente despues de la declaracion de guerra no se autorizó al jefe del ejército y á los intendentes para hacer requisas; porque los labradores no querian vender por no haber recogido aun la cosecha. Solo por medio de requisas podia lograrse el objeto.»

Tocante á las provisiones propiamente de guerra, piezas de artillería y fusiles que la Francia tenia en julio de 1870, se dispuso posteriormente una investigacion especial de cuyo resultado informó el diputado M. Leon Riant (1). En esta investigacion se descubrió que en realidad jamás se había tratado de averiguar lo que Francia poseía en artillería. Se había fijado el número total de las piezas de artillería de campaña en 10,000, y se vió en la última inspeccion que de estas 10,000 piezas, 8,000 eran cañones desechados desde mucho tiempo, encontrándose entre ellas algunas hasta del tiempo de Luis XIV y aun mas antiguas todavía, del tiempo en que se empleaban balas de piedra; de suerte que no había mas que 2,000 cañones útiles. El número de los fusiles se había fijado en 3,500,000, entre los cuales solo un millon eran realmente útiles para la guerra, y «con este millon de armas, dice el informe, se entró en accion contra una potencia que había empleado largos años en hacer su armamento completo y perfecto. Se sabia que debía haber por término medio tres fusiles para cada individuo, y resultado que no se pudo aprontar este término medio para un efectivo de 400,000 combatientes.»

(1) Núm. 1,768. *Assemblée nationale (année 1873). Rapport fait au nom de la commission des marchés relativement à l'enquête sur le matériel de la guerre, par M. Leon Riant, Versailles, 1873.*

¿Cómo queria armarse, pues, á los 200,000 hombres de reserva y á los 300,000 de guardia nacional móvil? ¿Era posible que se contara sériamente con los antiguos fusiles de cazoleta? ¿Podían bastar 400,000 de estos fusiles para 300,000 hombres de la guardia móvil, contando tres fusiles por plaza? ¿No habían de hacer los 200,000 hombres de la reserva un gran vacío en la provision de chassepots y reducir el término medio de tres fusiles por plaza á la mitad? ¿Había estudiado el gobierno este estado de cosas? ¿había hecho estos cálculos antes de declarar al país que estaba preparado para todo?

Peores resultados dió la investigacion acerca del supuesto efectivo y del verdadero del ejército de campaña. Para intimidar al extranjero y envalentonar á los franceses había introducido el mariscal Niel el peligroso medio de enumerar fuerzas ficticias, en cuya existencia ninguna persona inteligente en el ramo y honrada podia creer. Fué un abuso imperdonable el que cometió el gobierno imperial, contando con la fe que da el público á la veracidad de los datos oficiales, al sostener públicamente, en agosto de 1869, que el fruto de la administracion del difunto mariscal Niel era un ejército activo de 750,000 combatientes y 600,000 de guardia nacional móvil (1). El mariscal Leboeuf presentó al consejo de ministros en 6 de julio de 1870, datos muy diferentes, diciendo, con gran espanto de aquellos ministros, que recordaban la nota del mes de agosto del año anterior, que solo podia contar con un ejército de campaña de 300,000 á 350,000 hombres y con una guardia móvil de 120,000, y que para la reunion de 300,000 hombres necesitaba por lo menos tres semanas.

Estos últimos números eran tambien demasiado altos, pues todo el ejército de campaña de Francia no pasaba en el mes de junio de 244,000 hombres, no existiendo de la guardia móvil mas que oficiales sin tropa ó tropa sin disciplina ni órden.

El mariscal Canrobert explicó en términos muy claros la situacion de esta guardia móvil. Este jefe había estado ocupado en la segunda mitad del mes de julio, como jefe del sexto cuerpo del ejército del Rhin, en la organizacion de sus tropas en el campo de Chalons; y estaba concluyendo esta tarea cuando llegaron repentinamente sin ningun aviso al citado campamento, tres batallones de guardia móvil de París. Esta primera partida era todavía aceptable, pero las que siguieron eran muy diferentes. Cuando tuvo reunidos de siete á ocho batallones, les dió el espectáculo de una revista de su cuerpo de tropas para inspirarles un poco de espíritu militar; pero cuando al día siguiente les revisó á ellos mismos experimentó un gran disgusto, que refiere en estos términos: «El primer batallon me recibió muy bien é igualmente el segundo, pero el tercero solo medianamente, y el cuarto empezó á gritar: ¡A París! Quedé tan estupefacto que dije: «¡Hijos, evidentemente estoy algo sordo; sin duda habreis querido decir ¡á Berlin! ¿no es verdad?» pero la gente contestó: «No, ¡á París! ¡á París!» Tenian puestos los kepis y se los hice tomar en la mano. Se dice que me habían insultado y hasta que me habían tirado piedras. No me insultaron á mí sino á la patria cuando gritaron ¡á París! en lugar de gritar ¡á Berlin! pero de todos modos presentaron un espíritu muy malo.»

El resultado fué que el mariscal escribió al ministro de la Guerra que cesara de enviarle sus guardias móviles al campamento, porque no estaban suficientemente organizados para continuar allí en mayor número, y si él se marchaba con su cuerpo quedarían ellos allí solos, lo que no soporta-

rian. Por eso le aconsejaba que los repartiase en las fortalezas desde Dunquerque hasta Belfort. El mariscal no sospechaba la suerte que aguardaba á las fortalezas fronterizas.

Este fué el primer experimento que se hizo con la guardia móvil cuando se trató de ponerla en fila, despues que la direccion se había entretenido en hacerla figurar y mover como las figuras de un ajedrez. De todos modos, sus individuos no ofrecieron por lo pronto ningun refuerzo al ejército nacional, antes bien eran para él un peligro. Únicamente del ejército de campaña dependía la suerte del país. Este ejército se componía de siete cuerpos y de la guardia imperial.

El primer cuerpo (mandado por el mariscal Mac-Mahon) constaba de 41,156 hombres y estaba en el departamento del bajo Rhin. El segundo cuerpo (mandado por el general Frossard) tenia 26,084 hombres y se hallaba estacionado en Saint-Avold y Forbach. El tercer cuerpo (mandado por el mariscal Bazaine) contaba con 39,153 y se hallaba entre Courcelles y Boulay. El cuarto cuerpo (mandado por el general Ladmiral) constaba de 28,942 hombres y estaba estacionado en Boulay. El quinto cuerpo (mandado por el general Faily) era de 25,073 hombres y estaba estacionado en Saargemund. El sexto cuerpo (mandado por el mariscal Canrobert) contaba 35,414 hombres y se hallaba en el campamento de Chalons. El séptimo cuerpo de ejército (mandado por el general Félix Douay) se componía de 20,341 hombres y estaba en Belfort. La guardia imperial, mandada por el general Bourbaki, estaba compuesta de 21,949 hombres y situada en el polígono de Metz (isla de Chambiere). A esto se añadian una reserva general de caballería, de 5,427 hombres, una reserva general de artillería de 1,054 hombres y una reserva general de ingenieros de 235 hombres (2).

Esta era toda la fuerza armada del emperador, y detrás de ella no había que esperar ningun complemento ni reserva, porque se había tenido que abandonar como inservible la única con que se había contado.

De los siete cuerpos de ejército, ninguno tenia el número de órden que había llevado en tiempo de paz, y ninguno de los ocho jefes había mandado el cuerpo á que á la sazón había sido destinado; de suerte que tanto á la cabeza del ejército como en las partes en que se dividía ocurrió el mismo cambio confuso de lugares, y nadie sabia una palabra acerca de la organizacion de la reserva, para reunirse, ni acerca del plan de guerra. La cuarta parte de los generales no habían tenido mando como tales antes de esta guerra, y de los diez que en ella mandaron, ni uno solo entendía de otra arma ni de otro servicio fuera de aquellos por que había pasado al obtener el grado de general, ni había tenido costumbre de manejar una seccion algo importante compuesta de infantería, caballería y artillería.

A la administracion militar incumbía la manutencion y el armamento de las masas, y ya hemos visto cómo cumplió. Para dirigir el ejército hubiera sido menester un gran estado mayor general que procediera conforme á un plan bien meditado y fijo desde mucho tiempo, como sucedía en el ejército prusiano; pero los franceses no tuvieron tal estado mayor general, sino solo estados mayores especiales para la artillería y el cuerpo de ingenieros, además de un cuerpo de estado mayor, y entre estos tres estados mayores diferentes las inevitables colisiones destruían toda posibilidad de una direccion unida. Así dice Boulanger en su obra (3): «En nuestro ejército cada arma, cada cuerpo y cada ramo de servicio proce-

(2) Estos números están tomados del escrito de Frossard: *Rapport sur les opérations du deuxième corps de l'armée du Rhin dans la campagne de 1870*. Véase Boulanger, págs. 72 y 73.

(3) *L'invasion allemande*, págs. 106 y 107.

(1) Boulanger, pág. 61.